

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8178

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 3 pías; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 750 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a cobrarse desde 1.º y 16 de cada mes. **Primeros sueltos 15 céntimos**

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados. Se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París E. A. Loreto, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones, Faubourg Montmartre, 31. y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 9 de Febrero de 1899

CANTARES

Para bebidas ligeras
Y para esencias el moro,
Para chocolate, EL BARCO
Que gana medallas de oro.
Si hablas de té y café
Mira no metas la pata
que los que elabora EL BARCO
Tienen medalla de plata.

Los café embolsados y los de la gran fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido la única medalla de plata en la Exposición Universal de Barcelona, y los chocolates la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez Risueño, 3; Orlinda, Cartagena.

TAPICERO ADORNISTA

SE NECESITAN COSTURERAS

Mediana, 6, segundo.

ECOS DE MADRID

8 Febrero de 1899.

Si las novelas que inventa la imaginación despiertan viva curiosidad qué no sucederá con las que la realidad, más fecunda que el talento de los novelistas, ofrece de continuo en el mundo a la pública especulación.

En todas partes se leen y comentan las noticias que comunican los periódicos, relativas a la inmensa tragedia ocurrida al príncipe heredero de Austria.

Esta desdicha que afecta a la familia imperial de Viena es toda una novela que algunos conciben, pero cuya función desenlace no esperaba la más lúbrica del príncipe en estos tiempos tan prosaicos como los que atravesamos.

Un príncipe heredero de un imperio experimentar una pasión como la de un colono y renunciar a todas las grandezas de su posición, a todos los gozos de su fortuna, a todas las esperanzas de su inminente poderío; para morir con su amada como un simple mortal ó morir simple de esos que sin recursos se entregan a la desesperación; es un caso poco frecuente y por lo tanto extraordinario, curioso é interesante para el público ávido de emociones.

Después de habernos anunciado que el suicidio del príncipe era el resultado de un duelo a la americana, nos contamos que un guardabosque padre de una hermosa joven casada había castigado al príncipe lanzándole la escopeta, y que la víctima de estas dos versiones parecía verosímil y se prestaba a los bordados que la imaginación no podía menos de dibujar sobre tan interesante tela. La noticia varió cuando vimos por telégrafos y telegramas de buen origen, que el príncipe, apasionadamente enamorado de una bella baronesa. Pareció ver que se le había dado algo de estos amores y que se le había quitado la vida. La noticia se volvió a modificar, afirmando que la víctima de esta tragedia era el esposo.

El emperador interinamente, habiendo oído el lenguaje de la razón sobre el resultado de tal duelo y el príncipe continúa en el exilio, aquejado de dolencias que en efecto eran un escándalo.

El hombre que es dueño de su vo-

luntad cuando no es más que esclavo de sus pasiones. El príncipe quiso romper la cadena de flores que lo ligaba a la bella baronesa y resultó que ni uno ni otro encontraron más medio de romperla que la muerte. Los dos amantes se han permitido el lujo de morir como dos personajes de novela.

No todos los días hay príncipes herederos que sacrifiquen el amor al poderío y la fortuna. Las Magdalenas de todos los países harán de estos dos amantes una leyenda que añadirá a la delos de Teruel y a la de Romeo y Julieta; pero las personas juiciosas lamentarán esos extravíos en sitios donde hay que dar grandes ejemplos de virtud.

La familia imperial de Austria está dos veces de pésame; pero hace bien en permitir que se diga toda la verdad. Así es dos veces digna de respeto y conmiseración.

En Madrid no cesa la muerte de hacer víctimas entre personas conocidas y estimadas. Entre las últimas se cuenta al delicado y simpático poeta Antonio Arnao, que tuvo un período de apogeo y entró en la Academia Española y en la de Bellas Artes, donde ha prestado valiosos servicios con su natural modestia. Estaba unido a una señora que se distinguió en el cultivo de la música y bien puede decirse que su hogar era uno de los más felices de la corte.

El tiempo es crudo; hay muchos enfermos y como si los fríos que experimentamos no fueran bastante todavía nos anuncia Noerlesoom nuevos ciclones para la semana próxima

Apesar de lo desagradable de la temperatura los bailes y las recepciones se repiten convirtiendo los salones en Edenes en los que se vive en artificial pero hermosa primavera.

Un ejemplo de amor conyugal para terminar mis Ecos

—Marido, decía la otra noche una señora a su esposo, mañana es el trigésimo aniversario de nuestra boda y debíamos celebrarla.

—Sí, por cierto te parece que nos divorciemos?

—¡Iba a proponértelo!

Julio Nombela.

Variedades.

Solución a la charada inserta en el número anterior.

AMARILLO

Charada.

Primera dos es muy alto,
Un nombre propio tres prima,
Y la dos es una hierba
Usada en la medicina;
El do yo en este invierno
No me la quite la encina.

José Martí y Mata.

La solución en el número próximo.

LOS SÁBADOS

Mi mujer es insuperable todos los días de la semana, pero los sábados no hay quien pueda con ella.

Las vísperas del domingo son los días desti-

nados en las casas a las grandes limpiezas, y mi mujer que la da de pulcra, sueña con esos días para echar el resto.

Los viernes por la noche, cuando yo me retiro al descanso, tengo que oír el sermón que ya me sé de memoria, y que aunque a nadie le importa no quiero callarlo.

—Melitón, me dice mi mujer; mañana es sábado, ya sabes que has de madrugarse y salir de la cama sin el maldito cigarro que todo lo va llenando de suciedad; de la cama te vas derecho al comedor viendo por donde pisas, y con mucho cuidado de no manchar el suelo. No olvides que no puedes escupir, ni estornudar con estrépito, ni toser sin picar.

Llega la mañana siguiente y apenas amaneca ya está mi mujer con el pañuelo a la valenciana, que le cae como a un Cristo un par de pistolas, mis dos hijas y la criada fregoteando pisos, desollinando paredes y alborotando la casa que es un primor.

A las siete, lo más, ya me están llamando, no sin advertirme de nuevo las precauciones con que debo abandonar el lecho para salir al comedor.

Con muchísimo cuidado, y procurando sostener el principio de limpieza en todas sus partes, me siento delante de la mesa de comer para esperar un alma caritativa que me sirva el chocolate de rigor.

Mi mujer entra de vez en cuando para cerciorarse de si fuino ó cometo alguna falta de esas que ella castiga con severidad.

Llega el chocolate, me lo tomo y de un salto me pongo en la calle.

Hasta ese momento suelo escapar sin los turbios de gran volumen.

Peró ¡ay!... llega la hora de comer, y es preciso regresar a casa.

Esa segunda parte del día es mucho más comprometida.

La casa está en perfectísimo estado de limpieza; los muebles brillan, los suelos rechinan de gusto después del baño que han sufrido; todo está como el día que se hizo.

San las dos de la tarde; ya tengo el estómago en los talones y llamo a mi casa, con ese derecho que tiene todo cabeza de familia de llamar a la suya.

En seguida oigo corridas; toda la parentela sale a recibirme para enseñarme como he de andar, sin que el polvo de la calle sombrée alguna loseta.

Apesar de mi edad, consiguen que ejecute maravillosos equilibrios.

He de andar de punta de pie aunque no pueda.

Querér es poder.

Algunas veces reniego de mi debilidad y me propongo imponerme a las ridiculeces de mi mujer aun a costa de liberio más ó menos.

Peró, cualquiera riñe con esa palabra que yo elegí en mala hora por escapar.

Nunca olvidó un célebre día, sábado por supuesto, que encontré unos calcetines malos en un juguetero de la sala, y por un estado comprendí que habían hecho la campaña de una semana.

Yo no sé si he podido recordar como fue el dejarlos en ese sitio, pero estoy seguro que esa distracción no la tendré más.

Una explosión de dinamita no me da más ruido que meñó mi mujer con la escopeta.

Indecente, fue la frase más desusada que me dirigí. Hubo momentos en que creí que me apaleaba.

Dichosa calabaza!

Una colilla de cigarro fuera de un escopeta, es cualquier lunes; ó martes, ó jueves, es una falta que mi mujer castigaría con arresto mayor, pero en sábado y por la tarde lo menos, veinte años y un día.

A cada mujer le da por su cosa, y a la mía le da por todo.

Lo mismo es ella para un fregado como para un barrido.

Una de las cosas que le carga sobre manera, es que yo me constipe. Dice que los constipados son muy sucios.

Yo no niego que lo sean, pero acaso los busco yo?

Después de todo, ella tiene la culpa de la mayor parte de los que cojo.

En todo tiempo, así esté helando como lloviendo a cántaros, yo me he de ir fuera de casa, de sol a sol, para evitar que el humo del cigarro ponga negros los visillos, y que la ceniza caiga sobre la zalea que compramos cuando nos casamos, y que ya no calienta porque no tiene pelo de tonta y otras nimiedades por el estilo.

En confianza; mi mujer es el punto negro de mi felicidad; si tuviera la desgracia de que se la llevara el demonio, ¡ay! aprendía a bailar el bolero para despacharme a mi gusto.

Es mucho genio el genio de mi carísimo mitad.

¿Habrá algún ser en el mundo que no tenga el perfecto derecho de estornudar? Pues lo hay; vaya si lo hay; aquí me tienen ustedes; yo no puedo estornudar.

Cada estornudo es un motivo de serios disgustos por si rocía ó puede rocíar la palmatoria, ó la mesa de noche, ó aquello que anda cerca.

A todo bicho viviente le es dado toser, cuando tiene necesidad.

Yo, aunque aienta picazón en la garganta debo aguantarme y no toser, sobre todo si esa molestia acontece en sábado.

Les digo a Vdes. que estoy tentado de entablar el divorcio fundado en la existencia de los sábados.

Las exageraciones de mi mujer y sus dos hijas llegan al último de los límites.

Yo dentro de mi casa, que me cuesta veinte duros de alquiler, no soy dueño de nada.

¡Qué más!... La sala no la veo más que cuando viene alguna visita que trae caballero, y da la casualidad, de que me pita en casa. Fuera de esas pocas veces, no tengo entrada en ella.

Cualquiera creería que yo soy un montón de baspra.

Las ridiculas manías de mi familia me piden un lugar digno de toda sospecha poco aseada.

Hace poco tuve a mi mujer con los ojos malos y de continuo andaban destilando aceite y vinagre. Ella que no es bonita ni mucho menos, y con los ojos regañados, estaba, para un tiro, que ni pizuda.

Yo soy mucho aquellos días, vengándome de su prohibición a mis estornudos. No lleves, que eso es sucio, le decía, que vas a llenar de lágrimas el tapete de la mesa. Ella se entristecía y tengo para mí que las tabietas retardaron su curación.

Desgraciadamente pasó aquello; hoy tengo los ojos en todo lo suyo.

¿Qué es una mujer tan limpia y procelosa que la casa está presentable a cualquiera hora. Pero hacer al marido víctima del aseo y no permitirle vivir con la comodidad que tanto se desea, es un abuso que tiene carácter habitual.

Conozco yo a un marido con treinta años de servicio que no come en su casa porque su señora dice que mancha los manteles.

No lo extraño; yo suelo alguna vez dejar caer alguna gota de caldo, y las miradas de mi consorte querrian confundirme.